

LIRICO-DRAMATICA

CRIMEN DE LAS VISTILLAS

JUGETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO DE ZAVALA



MADRID

MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO

1898

EL CRIMEN DE LAS VISTILLAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL CRIMEN DE LAS VISTILLAS

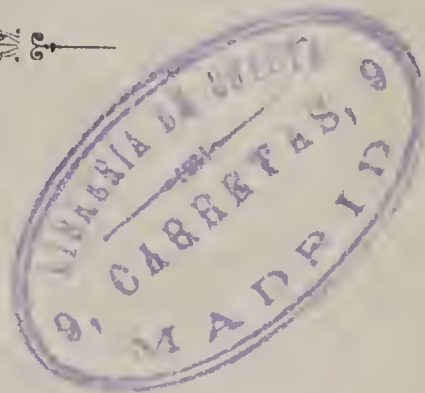
JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO DE ZAVALA

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 24 de
Diciembre de 1897



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1898

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

DOÑA AMBROSIA.....	SRA.	VALVERDE.
MARÍA.....		PINO (R.).
DON AGAPITO.....	SR.	LARRA.
MANOLO.....		SANTIAGO.
JUAN.....		RAMÍREZ.
DON ELEUTERIO.....		GONZÁLVEZ.
UN INSPECTOR.....		VALLE.
UN GUARDIA.....		RUIZ DE ARANA.
MOZO DEL CASINO.....		NART.
CAMARERO DE CAFÉ.....		ALEMÁN.
OTRO GUARDIA (que no habla).		

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda las del actor

ACTO ÚNICO

Casa modesta con puerta de entrada á la casa, al foro, y con campanilla, la cual se verá que se toca por dentro. Puertas en primero y segundo término derecha.—Sillas de paja.—Mesa camilla vestida, a la izquierda, en primer término; debajo de esta mesa varios legajos, libros, botas viejas y otros objetos, entre estos un expediente de gran volumen, que será la causa, atado con una cinta encarnada.—Cuadros en las paredes —La puerta del foro tendrá su ventanillo, cerrojo y cerradura con llave.

ESCENA PRIMERA

DOÑA AMBROSIA, á la izquierda, cosiendo al lado de la mesa-camilla. MARÍA y JUAN á la derecha, la primera también cosiendo.

JUAN No me gusta que salgas sola.
MARÍA ¿Crees que me va á pasar algo?
JUAN No, pero los hombres son atrevidos y siempre me asaltan temores...
MARÍA No serán muchos cuando no convences á tu padre.
JUAN Pongo los medios para convencerle, y él se obstina en que es un mero pasatiempo.
MARÍA Pues no me favorece mucho esa creencia. Si tú le persuadieras de que no has puesto tu cariño en una mujercita que no lo merece, ya cambiarían las cosas.
JUAN ¡Qué felicidad! ¡Casarnos! ¿Lo deseas tú?
MARÍA Con toda mi alma. ¿Y tú?
JUAN Es mi única aspiración.
MARÍA Y no te imagines que en mi deseo hay aso-

- mo de egoísmo; si quiero casarme contigo es para consagrarte mi vida entera.
- JUAN Ni yo puedo pensar otra cosa de tí: ¡eres tan buena!
- MARÍA Sí, pero como nuestra situación es tan precaria... ¿Me quieres mucho?
- JUAN Con locura. ¡Rica!
- MARÍA ¡Rico!
- AMB. ¡Ojalá!
- MARÍA No me avergüences, mamá; me has prometido no mezclarte en nuestras conversaciones.
- AMB. Y lo cumplo.
- MARÍA Pues en esa confianza hablo á mis anchas con Juanito, porque creo que no te ocupas de lo que decimos.
- AMB. Y es verdad: á mí no me importa tres cominos de vuestros arrullos. Además, eso es lo natural; también me arrullaba á mí en nuestros buenos tiempos el tórtolo averiado de tu padre.
- MARÍA ¡Pobrecillo! ¡Qué mal le tratas siempre!
- AMB. Le trato como se merece.
- JUAN Bueno, doña Ambrosia; ¿nos permite usted echar el parrafito final?
- MARÍA ¿Y nos prometes no interrumpirnos?
- AMB. Con una condición.
- JUAN La que usted quiera.
- AMB. Que no os llaméis ricos, como hacéis á todas horas.
- MARÍA Vaya un capricho extraño.
- AMB. No tanto como á tí te parece. Siempre que oigo que os llamáis ricos me hacéis suspirar tristemente.
- JUAN Algún recuerdo.
- AMB. ¡Qué recuerdo ni qué calabazas! Es que veo que todas esas riquezas están reducidas á vuestras empalagosas mimoserías. ¿Por qué no es usted rico de veras?
- JUAN ¿Y usted sabe si lo soy?
- AMB. Eso se conoce á la legua. Y no es que me ciegue la ambición; pero ya que los demás sigamos pasando fatigas, que ella siquiera deje la maldita costura.

- JUAN Y es muy justo su deseo de usted.
- AMB. Tan guapa y tan buena como es, aunque sea ponerme moños, como dice Manolo.
- JUAN En cuanto mi padre se convenza de la formalidad de mis intenciones...
- AMB. ¿Y qué es usted? Porque nunca hemos hablado de este asunto. ¿Es usted empleado?
- JUAN No, señora, gracias á Dios.
- MARÍA Vamos, mamá, déjate de esas cosas.
- AMB. Cose y calla. ¿Tiene usted carrera?
- JUAN Tampoco, gracias á Dios.
- AMB. Pues entonces de nada sirve que su padre le deje casarse: valiente cosa adelanta un perro con un cantazo.
- JUAN De modo que no siendo empleado, ó no teniendo una carrera...
- AMB. Naturalmente. ¿Qué puede usted ser?
- JUAN Pues no crea usted que paso el tiempo desocupado.
- AMB. Vamos á ver. ¿Qué hace usted?
- JUAN Llevo la administración en las cocheras de mi padre; si despedimos empleados los sustituyo, si despedimos cocheros...
- AMB. Los sustituye usted, y si se muere un caballo le sustituye usted también.
- JUAN ¡Qué ocurrencias tiene usted!
- AMB. Pero, ¿cuánto gana usted con todo eso?
- JUAN Nada; tres perros chicos, seguramente; es decir, salir de Málaga y entrar en Malagón.
- JUAN Perdone usted, doña Ambrosia; el negocio de casa tiene más importancia de la que usted piensa.
- AMB. Creerá usted que yo me chupo el índice.
- JUAN Si hoy no dispongo de mucho dinero...
- AMB. Es porque no lo tendrá usted.
- MARÍA Pero si á mí eso no me importa nada, mamá.
- AMB. Pues á mí me importa mucho.
- JUAN El día que mis necesidades lo exijan, mi padre me facilitará los medios de vida necesarios, de la misma manera que ha hecho cuantiosos sacrificios para educarme en París. (Campanilla.)
- AMB. Bueno. Silencio, que viene Agapito de la compra. (María se levanta y abre la puerta.)

ESCENA II

DICHOS y DON AGAPITO por el foro, con un junco de buñuelos en la mano.

AGAP. (Al ver á Juan.) Hombre, tempranito empiezan las buenas obras; así me gusta.

MARÍA No tiene él la culpa, papá.

JUAN Dejé á María anoche con mucho dolor de cabeza...

MARÍA Y ha venido á traerme antipirina.

AGAP. Lo que tú necesitas es muchos bistés y poca costura, nada de botica. De todos modos, usted viene á esta casa cuando quiere.

AMB. O cuando quiera yo.

AGAP. Tienes razón; no había yo contado con la huéspedada.

JUAN Bueno, hasta luego; me marchó, que no son estas horas de visita.

AGAP. Adiós, Juanito.

AMB. Vaya usted con Dios.

JUAN (En la puerta.) ¡Adiós, rica!

MARÍA ¡Adiós, rico!

AMB. Sí; adiós, Rochil. (Vase Juan por el foro. María cierra la puerta y se va por la primera derecha.)

ESCENA III

DOÑA AMBROSIA y DON AGAPITO

AMB. ¿Pero qué demonios te pasa? ¿Y los buñuelos?

AGAP. ¡Ay, Ambrosia! No quieras saber lo que me ha ocurrido.

AMB. Vamos, desembucha pronto.

AGAP. Figúrate que estaba yo delante del puesto de la señora Engracia la buñolera, pagando mis cuatro buñolitos cotidianos, cuando se acerca á mí de malísimo modo Rodríguez...

AMB. ¿El de las cincuenta pesetas?

AGAP. Justo. Y me dice con tono muy destempla-

do: «Más valía que en lugar de comprar golosinas y hacer despilfarros, me pagase usted lo que me debe. ¡Yo tomo el chocolate con pan sentado!» Pues yo, le repliqué, le tomo con buñuelos, generalmente sentado también. Pensaba presentarle mis excusas y decirle que no creía despilfarro comprar cuatro buñuelos para una familia de cuatro individuos; pero no me dejó concluir; me llamó canalla, insolente y tramposo; me dijo que no estaba para burlas; me dió un puntapié en los buñuelos, que fueron á parar á la carretilla de un barrendero, y yo me quedé estupefacto; con el junco en la mano, aquí lo tienes como prueba de convicción, mirando desaparecer á la fiera por la derecha de la calle y por la izquierda al chico de la carretilla comiéndose mis buñuelos.

AMB.

Lo de siempre, no tienes alma para nada.

AGAP.

¿Cómo podía yo imaginar cuando estaba haciendo mi modesta compra para el desayuno, que un acto tan inocente había de acarrear tan fatales consecuencias?

AMB.

Y lo peor es que no tengo ni un céntimo para otros buñuelos, ni humor tampoco ya para hacer el chocolate. ¡Hace tantos días que Manolo no trae propinas!

AGAP.

Todo sea por Dios.

AMB.

Llámale, no nos quedemos sin lo que el chico gana en la Escribanía, que es lo único que entra en casa.

AGAP.

No me achiques á la chica, que también ella araña algunos reales con sus labores.

AMB.

Son tan pocos y tan de tarde en tarde...

AGAP.

En fin, voy á despertar á nuestro ilustre curial. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA IV

DOÑA AMBROSIA

¿Y cómo me las arreglo yo ahora para que el chico no se vaya *in albis* á su trabajo? Tanto afán de casarnos para esto; tantísimo

interés en *pescarlos* y pescamos siempre *boquerones* ó *atunes*; cuando no nos vamos al agua detrás de la caña, como me ha sucedido á mí.

ESCENA V

DOÑA AMBROSIA y MANOLO

- MAN. (Sale de la segunda derecha, poniéndose la americana. Este personaje hablará con la incorrección y tono del pueblo madrileño.) Diga usted, madre, ¿y unos papeles que había debajo de mi cama?
- AMB. Pues como no tenía carbón?...
- MAN. ¿Los ha quemado usted?
- AMB. Sí, he ido tirando de ellos para hacer lumbré.
- MAN. ¡Anda la vértiga! Pues me ha reventado usted. ¿Y qué le digo yo ahora á don José?
- AMB. Dile lo que te dé la gana y no me apures.
- MAN. Pues me he caído.
- AMB. Después de todo no he hecho más que seguir la obra que ya habían empezado los ratones; y entre que disfrutaran ellos los dichosos papeles ó aprovecharlos yo para mis guisotes, creo que es preferible lo segundo.
- MAN. No mira usted nada, madre, ¿sabe usted?
- AMB. Tú tienes la culpa. Debajo de la cama no se meten más que las botas y otros chirimbolos.
- MAN. No me acordaba del armario de tres lunas que me ha comprado usted.
- AMB. No seas descarado.
- MAN. Pero, ¿dónde quiere usted que meta las cosas si no hay donde? Menuda responsabilidad me va á caer, y no lo digo por asustarla á usted.
- AMB. No, si yo, sabes de sobra, que no me asusto por nada; si fuera tu padre...
- MAN. Estaba por no ir.
- AMB. Haz lo que quieras, pero si te vas tienes que irte sin tomar chocolate.

- MAN. Para chocolates estoy yo; ya tengo bastante con el pisto que me ha armado usted en el estómago, ¿sabe usted?
- AMB. Pues te va á hacer daño tan temprano, ¿sabe usted? ¡Qué ordinario eres!
- MAN. Bueno, mejor.
- AMB. ¿No te hemos dicho cien veces que no nos llares de usted?
- MAN. Déjeme usted en paz ahora de esas músicas, que no está el horno para bollos.
- AMB. Sí, creo que va á estar para coscorriones. (Manolo abre la puerta de la calle y se detiene al oír la voz de su padre, que sale por la segunda derecha.)

ESCENA VI

DICHOS y DON AGAPITO, por la segunda derecha

- AGAP. (Dirigiéndose á Manolo.) A ver si me traes algún cigarrito.
- MAN. Como no fume usted otro tabaco que el que yo traiga hoy, ya tiene usted para rato. (Vase por el foro, cerrando con fuerza la puerta.)
- AGAP. ¿Qué le pasa al chico?
- AMB. Que entre los ratones y yo le hemos echado á perder unos papeles.
- AGAP. ¿Y eran de importancia?
- AMB. Eso dice él, y que le van á pasar no sé cuantas cosas.
- AGAP. Mira, no me extrañaría nada, porque el día ha amanecido tempestuoso.

ESCENA VII

DICHOS y MARÍA, que sale por la primera derecha con mantilla puesta y en disposición de irse á la calle

- AGAP. (A María, al verla salir.) ¿A dónde vas, pimpollo?
- MARÍA A ver si me dan labor. ¿Me das el chocolate, mamá?
- AMB. No te conviene tomarlo con la antipirina.
- MARÍA Si no he llegado á tomarla.

- AGAP. Dí que ni tu madre lo ha hecho ni hay con qué tomarlo.
- AMB. ¿Y quién tiene la culpa, mameluco? Pues tú que no tienes alientos para nada.
- MARÍA No te disgustes, mamá.
- AMB. Si cuando ese badulaque de Rodríguez te echó á rodar los buñuelos, en lugar de quedarte cómo un papanatas le hubieras hecho comer los puños...
- AGAP. No hubiera necesitado desayunarse.
- AMB. ¡Qué gracioso!
- AGAP. Parece que tienes empeño en desprestigiarme á los ojos de la niña.
- AMB. Más desprestigiado que estás...
- AGAP. ¡Ya escámpa!
- MARÍA Me marchó á la tienda.
- AMB. No, espérate. No tienes posición, no tienes amor al trabajo, no tienes energía...
- AGAP. Y tú no tienes ni pizca de vergüenza... ¡Quiera Dios que la niña no herede las altas prendas que adornan á mi *dulcísima* esposa! Será mejor que herede las tuyas.
- AMB. Será mejor que herede las tuyas.
- AGAP. Por lo menos sacaría una brillantísima educación.
- AMB. Tú sí que vas sacando los piés de las alforjas.
- AGAP. Pues Dios te libre de que un día monte yo en cólera.
- AMB. Eres muy mal jinete y puedes apearte por las orejas.
- MARÍA Dejar esa discusión ya.
- AMB. Bueno, vamos á otro asunto. ¿Tú opinas que debemos consentir más tiempo que el danzante de Juanito siga entrando aquí como en país conquistado, sin hablar una palabra de matrimonio?
- AGAP. Mujer, no hace tanto tiempo que nos visita.
- AMB. Para conocer á la chica ya tiene bastante.
- AGAP. Recuerda que yo te traté cuatro años y no me bastaron para conocerte... ¡que si te hubiera conocido!...
- AMB. Porque tú no ves más allá de tus narices.
- AGAP. Y tanto; si así no fuera, no hubiera yo elevado el idilio de nuestros amores á la prosaica categoría de sacramento.

- AMB. Volviendo á Juanito; antes le he metido los dedos en la boca.
- AGAP. ¿Querías conocer si era tonto?
- AMB. Quiero decir que le he pinchado para ver si cantaba.
- AGAP. Y se habrá quejado en vez de cantar.
- AMB. Me ha dicho que su posición es mejor de lo que yo me figuro.
- MARÍA Y es muy cierto.
- AMB. Pues no se le conoce en nada. Ni regalos, ni convites...
- MARÍA Ya sabes que Juanito es un joven muy delicado.
- AMB. ¡Ah! ¿También mala salud? Pues estamos habilitados.
- AGAP. ¡Qué comprensión! Tú has oído decir que el padre de Juanito tiene cocheras, y has dicho: aquí hay un simón.
- AMB. Poco menos; él mismo lo ha confesado aquí antes.
- MARÍA Yo no he oído tal cosa, mamá.
- AMB. En fin, bueno; me voy á la tienda, que no quiero que te vayas en ayunas. Acompáñame, Agapito.
- AGAP. Tienes razón, contra tu costumbre; así buscaremos dinero.
- AMB. Hasta luego, hija mía.
- MARÍA Adiós, mamá. Adiós, papá.
- AGAP. Adiós, nenita. (Se van por el foro y María cierra la puerta.)

ESCENA VIII

MARÍA

Mamá es injusta con Juanito. Es que no le conoce. ¡Si supiera qué corazón tan hermoso tiene! Y, sin embargo, no me satisface por completo. Es verdad que Juanito es simpático, es fino, tiene buena conversación...; pero es rico. Y hay que reconocer que la riqueza es enemiga del amor. Si yo fuera rica, me levantaría tarde, pasearía en coche, iría al

teatro, haría viajes, y, claro, el amor de mi Juanito sería una de tantas satisfacciones. En cambio, como en casa no tenemos nunca dos pesetas, trabajo mucho, como poco, oigo renegar á mamá á todas horas y, naturalmente, no tēgo más Dios ni más Santa María que pelar la pava con Juanito. Cualquiera que me oyese discurrir de esta manera (Bosteza.) y me viera bostezar de debilidad, pensaría: «A esta muchacha le falta algún tornillo.» Pues no, señor, nada de eso; estoy en mi cabal juicio; y cuando veo á Juanito por las mañanas, prefiero no desayunarme. Mezclar las delicadas ternezas que á él se le ocurren con ese chocolate tan malo que compra mamá, me parece peor que promiscuar. (Suenan la campanilla y abre María.)

ESCENA IX

MARÍA y UN MOZO del Casino, que sacará una carta

MOZO (Desde el dintel de la puerta.) ¿La señorita María García?

MARÍA (Tomando la carta que le entrega el Mozo.) Traiga usted. ¿Espera contestación?

MOZO No lo sé.

MARÍA Pues aguarde. (Rompe el sobre y lee complacida.)

MOZO (Y es guapa esta golfa.) (Después de fijarse en la cara que pone de alegría al leer la carta.) Deben decirle cosas muy buenas. ¡Cuántos líos se traen estos señoritos! Pero éste debe ser poco generoso. (Fijándose en los muebles de la casa y en la habitación.) ¡Valiente casa!

MARÍA Puede usted retirarse.

MOZO Con Dios. (Vase. Cierra María la puerta.)

ESCENA X

MARÍA

¡Qué alegría! Bien decía yo que mamá era injusta. ¡Dios quiera que vengan pronto!
(Campanilla y abre María.)

ESCENA XI

MARÍA y MANOLO por el foro.

- MAN. ¡Qué vergüenza! ¡Qué abroncado vengo!
- MARÍA ¿Qué te pasa, Manolito?
- MAN. Que me han echado al corral.
- MARÍA ¿Cómo?
- MAN. Sin mandarme los dos avisos, que es lo peor.
- MARÍA Como no hables más claro...
- MAN. Pues, nada, que madre ha metido la pata, como siempre.
- MARÍA ¡Con qué poco respeto la tratas!
- MAN. Figúrate que tenía yo una causa para llevarla á casa del abogado, y la ha quemado madre, sin saber lo que era.
- MARÍA ¿Y qué va á pasar?
- MAN. Lo que ha pasado por el pronto es que don José me ha puesto en medio del arroyo y me ha dicho que va á dar parte á la delegación.
- MARÍA ¿Y qué disculpa le has dado?
- MAN. Yo le he dicho que me se había perdido, pero no me ha creído, y me ha llamado descuidado y granuja delante de las cuadrillas. Y esto no parará aquí.
- MARÍA ¡Tan contenta como yo esperaba!...
- MAN. ¿Qué te pasa?
- MARÍA Que acabo de recibir carta de Juanito.
- MAN. ¿Y se adorna mucho?
- MARÍA Yo no sé si se adorna; me dice sencillamente que mucho antes de lo que yo pienso va á anunciar nuestro matrimonio.
- MAN. ¿Quieres más adornos?
- MARÍA Ni más ni menos; es que como siempre hablas en esa jerga, me quedo á oscuras. (Pausa.) Oye, Manolito. ¿Y te volverá á admitir don José?
- MAN. Eso es lo de menos. Más juego daré saliendo de la curia.
- MARÍA ¿Y cómo te las vas á arreglar?

- MAN. Pues toreando. Cuando veo un toro parece que veo á uno de mi familia.
- MARÍA La de siempre. Para verte todos los días con la cabeza rota.
- MAN. Lo que me verás es con mucha luz.
- MARÍA Ya lo creo; entre cuatro velas. ¡Eso es lo que siento!
- MAN. ¿Tú sabes lo que es quinqué?
- MARÍA ¡Qué tonterías me preguntas!
- MAN. ¿Tonterías, eh? Pues verás cómo no lo sabes.
- MARÍA Quinqué es un aparato que alumbra.
- MAN. ¡Pum! ¡Marronazo! ¿Sabes lo que es pupila?
- MARÍA Pupila es muchas cosas: pupila es una que tiene tutor.
- MAN. Otro marronazo.
- MARÍA Pupila es la niña del ojo.
- MAN. No lo entiende usted. Vaya, ¿á que tampoco sabes lo que es vista?
- MARÍA Es un sentido. ¿Tampoco acierto?
- MAN. ¡Cá! Ni pa Dios. ¿Ves tú de qué te sirve tanta filadelfia?
- MARÍA Pues, anda; explícame tú qué son todas esas cosas.
- MAN. Pues todo es lo mismo: la vista, el quinqué y la pupila, es mucho de aquí para estar uno siempre en su terreno.
- MARÍA Como si dijeras truco.
- MAN. Pues no puede estar más claro. Si yo estoy en mi terreno, no estoy en el terreno del toro.
- MARÍA Verdaderamente. ¿Y qué?
- MAN. Que ni me verás con el testuz abierto, ni me verás entre cuatro velas. Lo que me verás es con muchísima luz, con mucha guita, con dinero, para que lo entiendas.
- MARÍA ¡Dios lo quiera! Pero por si acaso, déjalo, Juan, y no leas. (Suena la campanilla y abre Manolo.)

ESCENA XII

DICHOS, DOÑA AMBROSIA y DON AGAPITO por el foro.

- AMB. Tampoco hay hoy labor, María.
AGAP. Ni un cuarto.
MARÍA Pues no acaban ahí las desgracias; á Manolo lo han despedido.
AGAP. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Esto es ya mucho apretar!
MAN. Pero no todos hemos de dar en hueso.
AMB. ¿Qué quieres decir?
MAN. Que á María la escribe Juan diciéndola que se casan corriendo.
AMB. No lo creo.
MARÍA Puede usted creerlo: aquí está la carta.
AMB. ¿Viene el cura dentro?
MARÍA No seas incrédula, mamá; Juanito es esclavo de su palabra.
AMB. Como yo. Y ahora, ¿qué vamos á hacer con Manolo?
AGAP. La verdad es que ha sido una desgracia, ó, mejor dicho, una barbaridad de vuestra madre.
MAN. Peor es una cornada.
MARÍA Claro; como ahora piensa dedicarse al toreo...
AGAP. ¿Quieres amargar nuestra feliz existencia?
AMB. ¡Siempre el mismo apocamiento! ¡Pareces una señorita! Déjale al muchacho que vaya por donde le tire su inclinación.
AGAP. Entonces, por los aires. ¡Qué ternura de madre!
MAN. Pues ahí es donde tengo yo mucho porvenir.
MARÍA No digas tonterías, Manolito.
MAN. Soy amigo de todos los capitalistas.
AMB. Bien podías pedirlos dinero, que buena falta nos hace.
MAN. Si los capitalistas son los que bajan á los embolados.
AGAP. ¡Vamos!...

- MAN. Entre esos tengo mucho cartel; soy más conocido que el Chico de la Blusa.
- MARÍA Lo mismo que entre nosotros.
- MAN. El domingo me sacaron en hombros.
- AGAP. Y, ¿cómo fué eso?
- MAN. Verá usted: salió un morucho que valía mil pesetas; voy á darle el cambio... (Señala el quiebro.)
- AGAP. Y no tendrías bastante.
- MAN. Lo que no tuve fué tiempo para tomar el olivo, y me echó al alto de un bolazo.
- AMB. Entonces es cuando te llevarían en hombros á la enfermería.
- MAN. ¡Cá, no, señora! Me levanté, y seguí toreado, como si tal cosa; y en el del cencerro es en el que me gané la primer ovación, y me sacaron acuestas, como al Guerra.
- MARÍA ¿Pero qué hiciste?
- MAN. Señalar una estocada en lo más alto.
- AMB. ¿Te subes al tejado á ensayar? A ver si un día te resbalas.
- AGAP. Mujer, una estocada en lo alto es en el lugar donde debe estar.
- AMB. ¡Ah! Sí, en la escribanía. Por eso te habrá echado don José.
- AGAP. ¡Qué inteligencia más privilegiada la tuya! Desengáñate, Manolo, para ser torero es preciso haber nacido en la cuna.
- AMB. Pues él, si no ha nacido, ha estado mucho tiempo en ella; más de cuatro veces le has mecido tú.
- AGAP. Bueno, me alegro. Sí, hijo, sí; hay que criarse entre los cuernos.
- MAN. Cá, no, señor. Ahí tiene usted á Mazzantini.
- AGAP. ¿Adónde?
- MAN. Ahí tiene usted al mismo Chico de la Blusa.
- AGAP. No le veo.
- MAN. Ahí tiene usted al licenciado Mediavilla.
- AGAP. Tampoco le veo. Chico, á tí se te hacen los dedos huéspedes. Y á fe que tu nombre es un triste presentimiento.
- MAN. ¿Por qué, papá?
- AGAP. ¿Sabéis quién era Manuel García?

- MAN. ¡Ya lo creo! *El Espartero*; de eso estoy yo muy fuerte; pero no crea usted en brujas.
- AGAP. No me pidas imposibles, que creo ciegamente en la que te dió el ser.
- MAN. Bueno, pues yo toreo, y si me echan al Este, por un garbanzo no se descompone una olla.
- AGAP. Eso sólo tiene aplicación al cocido. ¿Crees que nos podría consolar de tu muerte esa reflexión?
- AMB. Bueno, bueno; basta de tauromaquia. Ahora hay que pensar de dónde sacamos dinero para almorzar.
- MAN. ¡Facilito es eso!
- AMB. Podíamos empeñar esos brillantes de tu educación. (A don Agapito.) ¡Qué vida!
- MARÍA. No hay que ofender á Dios. Otros están peor que nosotros.
- AGAP. Muy poquitos serán, hija mía.
- MAN. Ni el Medrano. Tenemos el santo de espaldas. (Campanilla y mira por el ventanillo Manolo.) El casero.)
- AMB. (Aparte á don Agapito.) Este sí que nos va á tirar de espaldas.

ESCENA XIII

DICHOS y DON ELEUTERIO, por el foro

- AGAP. (Aparte á doña Ambrosia.) Tal vez sea nuestra salvación. (Abre Manolo y entra, y don Eleuterio.)
- ELEUT. Muy buenos días.
- AGAP. Señor don Eleuterio... Acerca una silla, Manolo.
- ELEUT. Muchas gracias.
- AGAP. (Sentándose á su lado.) ¿Usted fuma?
- ELEUT. Venga.
- AGAP. ¡Pues cuánto siento no poder ofrecer á usted un cigarrito! Ahora mandaré por ellos.
- ELEUT. Tenga usted... es lo mismo. (Ofreciéndole de una cajetilla de cuarenta céntimos, que saca. Pausa.) ¿Creo que no tendrá usted una queja?
- AGAP. De cuarenta céntimos. De estos los fumo yo también; no son malos.

- ELEUT. No, señor; digo de mi tolerancia. Estamos á 16 y es la primera vez que vengo este mes, después de llevar otros dos sin cobrar.
- AGAP. Hombre, es verdad; pero como la cosa tiene tan poca importancia... ¿Quiere usted darme los recibitos?
- ELEUT. ¡Son tres!
- AGAP. Naturalmente.
- AMB. (Aparte.) (¿Qué irá á hacer vuestro padre?)
- ELEUT. ¡Qué sorpresa; va á pagarme de una vez!
- AGAP. Son tres meses. Tres por seis, diez y ocho... ¿Tiene usted dos duros sueltos?
- ELEUT. Sí, señor. Ahí van. (Dándoselos.)
- AGAP. Voy á darle á usted un billete de cien pesetas. (Vase por la segunda derecha y dice desde dentro.) ¡Ambrosia, tráeme las llaves!
- AMB. (Yendo hacia la segunda derecha en busca de Agapito.) (¿Qué llaves serán esas?) (Vase.)

ESCENA XIV

DON ELEUTERIO, MANOLO y MARÍA

- ELEUT. ¿Estás estudiando, joven?
- MAN. No, señor; trabajo en casa de un escribano.
- ELEUT. ¿Eres oficial?
- MAN. Cá, no señor; mono.
- ELEUT. ¿Cómo mono?
- MAN. Bueno, es lo mismo, zurupeto.

ESCENA XV

DICHOS, DOÑA AMBROSIA y DON AGAPITO, que salen por la segunda derecha. Don Agapito entra en la escena con doña Ambrosia, y aquél se sienta al lado de don Eleuterio. Saca los recibos y los mira uno por uno

- AMB. (Aparte á Manolo.) (Que te vayas al café de al lado y encargues cafés y bistés para todos. Los pagas con estos dos duros. (Manolo coge los dos duros y vase por el foro corriendo.)
- AGAP. ¿Sabe usted una cosa, amigo mío?

- ELEUT. Usted dirá.
- AGAP. Pues que observo que á estos recibos les faltan diferentes requisitos.
- ELEUT. Hágame usted el favor. (Los examina detenidamente.) Pues nó noto absolutamente nada; están extendidos en la misma forma que siempre.
- AGAP. No me habré yo fijado otras veces, pero por de pronto todos carecen del sello móvil, (Campanilla y se levanta María á abrir.) y usted comprenderá...

ESCENA XVI

DICHOS, UN INSPECTOR, DOS GUARDIAS DE ORDEN PÚBLICO.
El Guardia que habla lo hará en gallego cerrado. Al abrir la puerta aparece el Inspector, que viene acompañado de los Guardias, que no se ven hasta que aquél los llama

- INSP. ¿Don Agapito García?
- AGAP. Servidor de usted.
- INSP. Soy Inspector de policía.
- MARÍA (¡Virgen Santísima!)
- AMB. ¿Y qué se le ha perdido á usted aquí?
- INSP. Usted empieza á perderme el respeto. (se asoma á las puertas segunda y primera derecha.)
- AGAP. Ten prudencia, Ambrosia.
- AMB. No tengas cuidado, que no nos va á meter un brazo por una manga.
- INSP. Eso, ya lo veremos. Y Manuel García, ¿no está aquí?
- AGAP. No, señor.
- INSP. ¡Qué casualidad! ¿Ustedes tienen noticia del crimen de las Vistillas?
- AMB. No sabemos ni jota.
- INSP. Pues ha hecho bastante ruido ese crimen.
- AMB. Sabe usted que, como vivimos tan altos, no habrá llegado aquí el ruido.
- INSP. ¿Y no conocen ustedes al Matarrubias?
- AMB. Ni al Matamorenas tampoco. Pregunta usted más que un Catecismo.
- INSP. ¡Pregunto lo que quiero!
- MARÍA ¡Cállate, mamá!

- INSP. ¿Tampoco saben que se ha formado una causa por ese crimen?
- AGAP. Tampoco, señor Inspector.
- INSP. ¿Ni tienen idea de la instrucción?...
- AMB. Ni que fuéramos quintos.
- INSP. Digo de la instrucción del proceso, señora; ¡y no me tiene usted la paciencia! Es usted muy... valiente.
- AMB. El que no tiene coco, no tiene miedo.
- ELEU. Naturalmente, como que le ha dicho usted á su hijo que avisara á este hombre.
- INSP. ¿Qué dice usted?
- ELEU. Que esto es una encerrona para estafarme el dinero.
- INSP. Le voy á atar á usted codo con codo.
- AMB. Me alegro.
- ELEU. ¡Qué ha de atar usted!... Usted no es Inspector, ni nada!
- INSP. ¿Con que no soy Inspector, eh? (Asomándose al descansillo.) ¡Guardias; aten ustedes á este hombre! Ahora le darán á usted la estafa. (Entran los Guardias y forcejean para sujetar á don Eleuterio, al cual le da un desmayo.) Pues en vista de que no saben ustedes nada, lo cual es mentira, me los llevo á ustedes á la Delegación. Vamos á donde usted quiera. Andad, Ambrosia, María, poneos las mantillas.
- AGAP. ¿Qué tal dan de comer allí?
- AMB. Ya lo verá usted.
- INSP. Un poco de vinagre.
- GUAR. No hay.
- AMB. Espíritu, cualquier cosa.
- GUAR. Como no quiera usted el aguarrás de matar los insectos...
- AMB. ¿Quién es este señor?
- INSP. El casero que ha venido á cobrar la mensualidad.
- AGAP. ¡Mentira! A la policía no se la engaña. Ha venido á cobrar tres meses que le debemos.
- AMB. Bueno; á mí eso no me importa.
- INSP. Como usted todo lo quiere saber...
- AMB. Llévenle ustedes á aquella cama. (Señala la primera derecha. Los Guardias lo cogen en brazos y se lo llevan, volviendo á salir en seguida.)

- AMB. ¿No ha oído usted que es el casero?...
- INSP. ¿Y qué?
- AMB. Que tendremos después que fumigar y no estamos para gastos.
- INSP. (Al Guardia.) Cuando vuelva le dice usted que está en libertad.
- GUAR. ¿Cuándo vuelva de dónde?
- INSP. ¡Cuándo vuelva de la pataleta! Se espera usted á que venga Manuel García, y en cuanto venga le conduce usted á la Delegación.
- GUAR. Está bien.
- INSP. Salgan ustedes. (Vanse todos por el foro dejando la puerta abierta.)

ESCENA XVII

EL GUARDIA

- GUAR. (Dirigiéndose á la primera derecha.) ¡Caballero, caballero!... Sí... sí; parece que va despacio. Pues yo tampoco tengo prisa. Nos entretendremos en leer el papel. (Coge una silla, se sienta, saca un periódico y se pone á leer.) «Reunión de conservadores.»—«Cuadrilla de malhechores.»—«En los alrededores de Villapatos merodea una partida de hombres armados que tiene atemorizado al vecindario. En tres noches han hecho más de ochocientas muertes... (vuelve el periódico.) entre gallinas, conejos, cerdos y otras aves de corral.»—«Se trata de montar el Cuerpo de Orden público de la misma manera que está en Londres.»—¿Tendremos nosotros que comprarnos el caballo?—«Romero y Bosch.»—«Que los entierren juntos.»—«Viaje de Chula.»—Bueno del Chulapón.—«Lisboa, 12-12.»—¿Por qué lo dirá dos veces? «Ha llegado ese eme el Rey de Siam; al descender del tren ha estornudado uno de sus ayudantes. El monarca ha mandado que le corten la cabeza. En el vagón-cocina uno de los pinches ha ejecutado la terrible sentencia.»—¡Se me pone de pie el caballo, digo el cabe-

llo! Me confundo, y eso que todavía no soy plaza montada.—«No es exacto que el Rey de Siam establezca diferencias entre sus hijos. Al retirarse al lecho besa uno por uno á los setecientos cincuenta y seis que tiene.»—«El general Weyler ha dado á luz un pequeño... (se santigua.) un pequeño folleto explicando su conducta en Cuba.»

ESCENA XVIII

EL GUARDIA, MANOLO y MOZO DE CAFÉ. Entran Manolo y el Mozo de café, que queda en el dintel de la puerta, mientras el primero mira en su cuarto y después en el de María, cuyo movimiento sigue el Guardia con la mirada.

- MAN. ¡Anda, el casero! ¿Qué hace Bartolo en la enfermería?
- GUAR. ¡Hola, buena pieza!
- MOZO ¿Dónde pongo esto?
- MAN. Déjelo usted en ese burladero. (Señalando la mesa-camilla.)
- MOZO Me voy.
- GUAR. No; aguárdate. (El Guardia levanta la tapa de uno de los platos y coge dos ó tres patatas, haciendo ademán de quemarse.) ¿Con que hay apetito á pesar de todo?
- MAN. No vale arrancar las banderillas.
- GUAR. Y que son de fuego. ¿Tú serás Manuel García?
- MAN. De pies á cabeza.
- GUAR. ¿Y cómo te llamas de mote?
- MAN. Però usted sabe... (Marca una suerte taurina.)
- GUAR. Yo no sé nada; te pregunto tu mote.
- MAN. No me han bautizado todavía.
- GUAR. ¡Ah! ¿Conque no eres tú el *Matarrubias*?
- MAN. El *Matarrubias* es el procesado por el crimen de las Vistillas.
- GUAR. ¿Y por qué te voy á echar yo el guante ahora, y porqué se ha llevado el inspector á los otros malhechores que había aquí?
- MAN. ¿De modo que han trincado á mi familia y

se han dejado aquí un manso para enchi-
querarme á mí?

GUAR.

Justamente.

MAN.

Pues ahueque usted, que tengo prisa.

GUAR.

Calma, mocito, que voy á ver al del sopon-
cio. (Se acerca al cuarto en que está don Eleuterio.)
¡Caballero! ¡Caballero! Igual que antes, no
resuella. (Reflexiona.)

MAN.

¿Qué piensa usted?

GUAR.

(Que me lleve á este, que espere á que vuel-
va el otro... Lo primero es lo primero.) Anda,
Matarrubias.

MAN.

Si me vuelve usted á decir eso, con uniforme
y todo le voy á llenar á usted la cara de
tortas.

GUAR.

Ahora verás, atrevido. (Saca una cuerda.)

MAN.

¿Qué va usted á hacer?

GUAR.

Atarte la fábrica.

MAN.

No ate usted más. (El Guardia pretende cogerle,
pero le hace varios quiebros, acabando por dar vuelta
a la camilla, sale dando un empujón al mozo; este de-
rriba la mesa-camilla, y al estrépito se queda parado
el Guardia. El mozo levanta la mesa y aparece una
causa algo voluminosa. El mozo recoge el servicio
roto y la bandeja, mientras el Guardia mira la causa.)

GUAR.

Ya pareció el peine. Esta es la causa que
buscaba el inspector. «Año 1897. Juzgado
de Buenavista.»

OZO

Dios se la conserve.

GUAR.

«Escribanía de Manteca.»

OZO

Se derritirá con la tinta.

GUAR.

Claro. «Contra Pedro Gaitán (a) *Matarrubias*
por doble homicidio.» No le dejaría bien
muerto la primera vez. Como este es el cuer-
po del delito me lo llevo á la Delegación,
¿no te parece?

OZO

Yo qué sé.

GUAR.

Camarero, espérate á que vuelva. (Señala al
cuarto donde está don Eleuterio.) Como dice el Ins-
pector. (Vase por el foro.)

ESCENA XIX

El MOZO. Después JUANITO por el foro.

MOZO ¿Y tardará mucho en volver el guardia? No, pues yo no me espero. Pa chasco si me meten en el ajo. (Se dirige á la primera derecha.)
¡Vaya, que usted se alivie! (Sale precipitadamente; tropieza violentamente con Juan en el dintel, donde queda él.)

JUAN ¿Y la familia?
MOZO Está buena, gracias.
JUAN ¿Están fuera?
MOZO Sí, señor, en Mocejón. ¡Espere usted que vuelva! (Aparte.) (Como me han dicho á mí.) (Vase corriendo.)

ESCENA XX

JUAN

¡Oyeee!... ¡Sí! ¡Echale un galgo!... (Reflexiona.) Que espere á que vuelva... Que están en Mocejón... Ahí un servicio... ¿Qué enredo es éste? (Pausa.) Parece que oigo ruido en el cuarto de María... ¿Eh? Sí, no me cabe duda ella sale. ¡María! ¡María!... (Acercándose al proscenio en la primera derecha.)

ESCENA XXI

JUAN y DON ELEUTERIO, que sale por la primera derecha.

JUAN (Al ver salir á don Eleuterio.) ¿Qué hacía usted ahí?

ELEUT. (Tambaleándose.) Soy una víctima de esta familia.

JUAN Mire usted lo que dice.

ELEUT. Pues no rectifico. ¿Es usted tal vez pariente?

JUAN Estoy muy próximo á serlo, y no consiento

que nadie ofenda la honradez de esta noble gente.

ELEUT. ¡Valiente honradez y valiente nobleza! Está usted á dos dedos de la perdición, joven.

JUAN ¿Qué dice usted?

ELEUT. Que don Agapito y los suyos están complicados en el crimen de las Vistillas.

JUAN ¡Imposible!

ELEUT. ¿Imposible? Y por poco me arrastran á la cárcel, digo, si estoy libre, que no lo sé, porque cuando el inspector me detuvo me dió un síncope, del cual salgo ahora, sin duda.

JUAN ¿Pero, usted dice todo eso en su cabal juicio?

ELEUT. ¿Todo eso? Eso es poco. Le digo á usted más: que antes de llegar el Inspector me estafaron una cantidad.

JUAN ¿Será cierto, Dios mío?

ELEUT. ¿Quiere usted acompañarme á denunciar la estafa?

JUAN ¿Esto más, Señor? (Se deja caer en una silla, y después de una pequeña pausa se oyen pasos por la escalera y uno que tararea la marcha de «Cádiz». Este es Manolo, que afectando la actitud que adoptan los toreros al hacer el paseo, penetra en la casa alegre, y seguido de su hermana y de sus padres.)

ESCENA XXII

JUAN, DON ELEUTERIO, DON AGAPITO, DOÑA AMBROSIA,
MARÍA y MANOLO

JUAN ¿Qué significa esto? (Poniéndose de pie, enérgico.)

MARÍA ¡Juanito de mi alma!

JUAN (Amenazador.) ¿Luego era una calumnia infame?

AMB. ¿Qué le ha dicho á usted?

JUAN Que son ustedes unos criminales.

AMB. Y usted un bandolero.

JUAN Y que le habían estafado una suma.

AMB. El sí que nos estafa todos los meses.

ELEUT. (Temblando.) Yo explicaré...

JUAN ¡Ahora mismo va usted á morir! (Le sugetan don Agapito, María y Manolo.)

- MAN. No te perfiles, que se va á echar.
ELEUT. Esta gente va á acabar hoy conmigo. ¿Y el crimen de las Vistillas?
MAN. Traje yo ayer la causa, y mi hermana la puso en esa mesa cuando barrió. Como me dijo mi madre que había quemado los papeles que yo tenía debajo de mi cama...
AMB. Creyó que había quemado la causa, pero he quemado sólo un paquete de periódicos.
MAN. Y como la causa la ha llevado el guiri á la Delegación, nos han soltado á escape.
ELEUT. No lo veo claro.
MAN. Porque es usted burriciego.
ELEUT. ¿Y mis dos duros, también se han quemado?
AGAP. Se los pedí á usted para darle un billete de veinte, pero como se privó usted se privó también del dinero.
ELEUT. Pues ahora no estoy privado.
AGAP. Será del conocimiento, porque de los veinte duros... Con estos jaleos los hemos tenido que gastar.
ELEUT. Usted me dirá cuando puedo venir por ellos.
JUAN Ahora mismo. Tome usted y salga inmediatamente. (Dándole los veinte duros en billetes del Banco.)
ELEUT. (Del mal el menos.)
AMB. ¡Largo, largo!
MAN. (Abriendo la puerta.) ¡Que se vaya! ¡Que se vaya! (Vase don Eleuterio y Manolo cierra la puerta.)

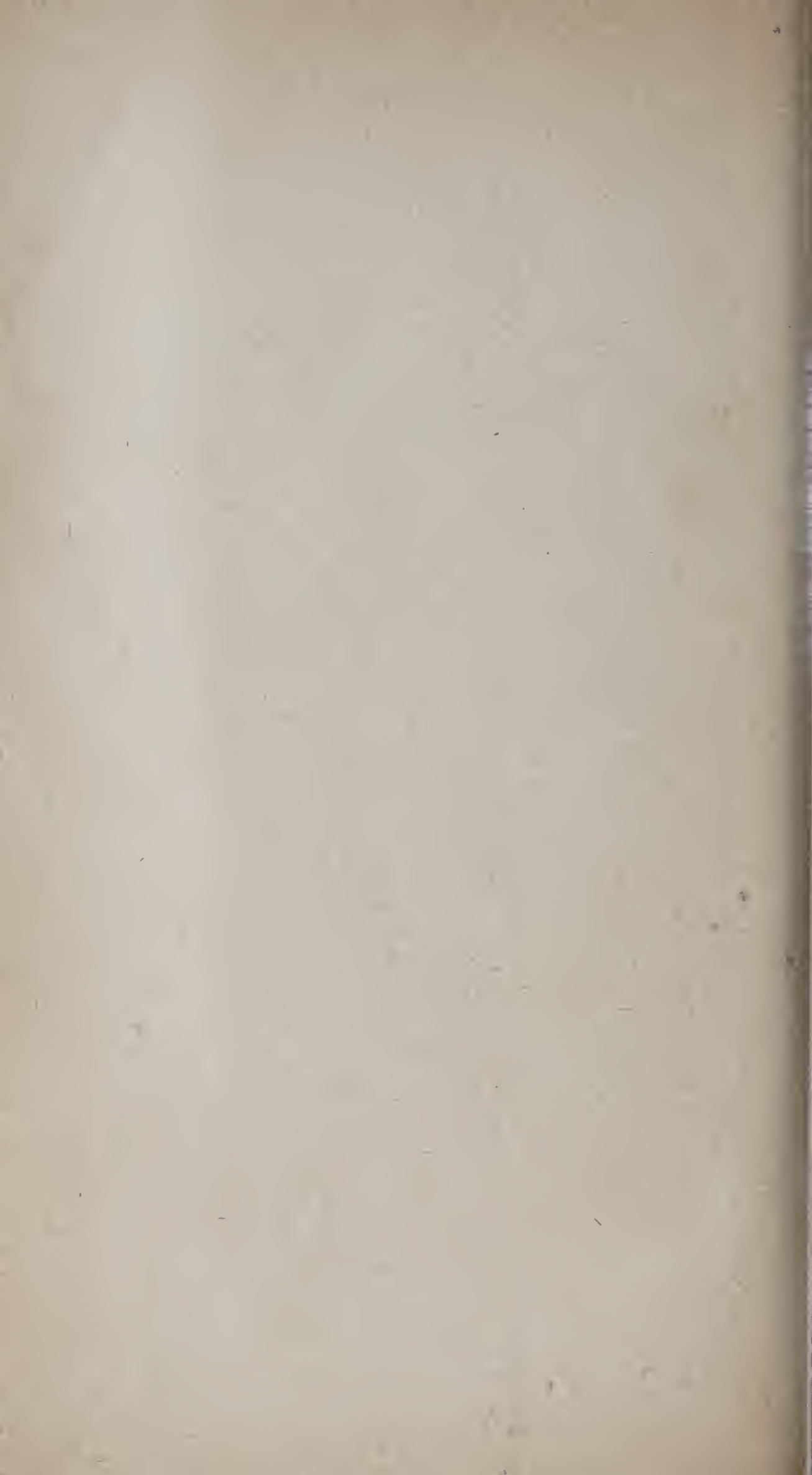
ESCENA ÚLTIMA

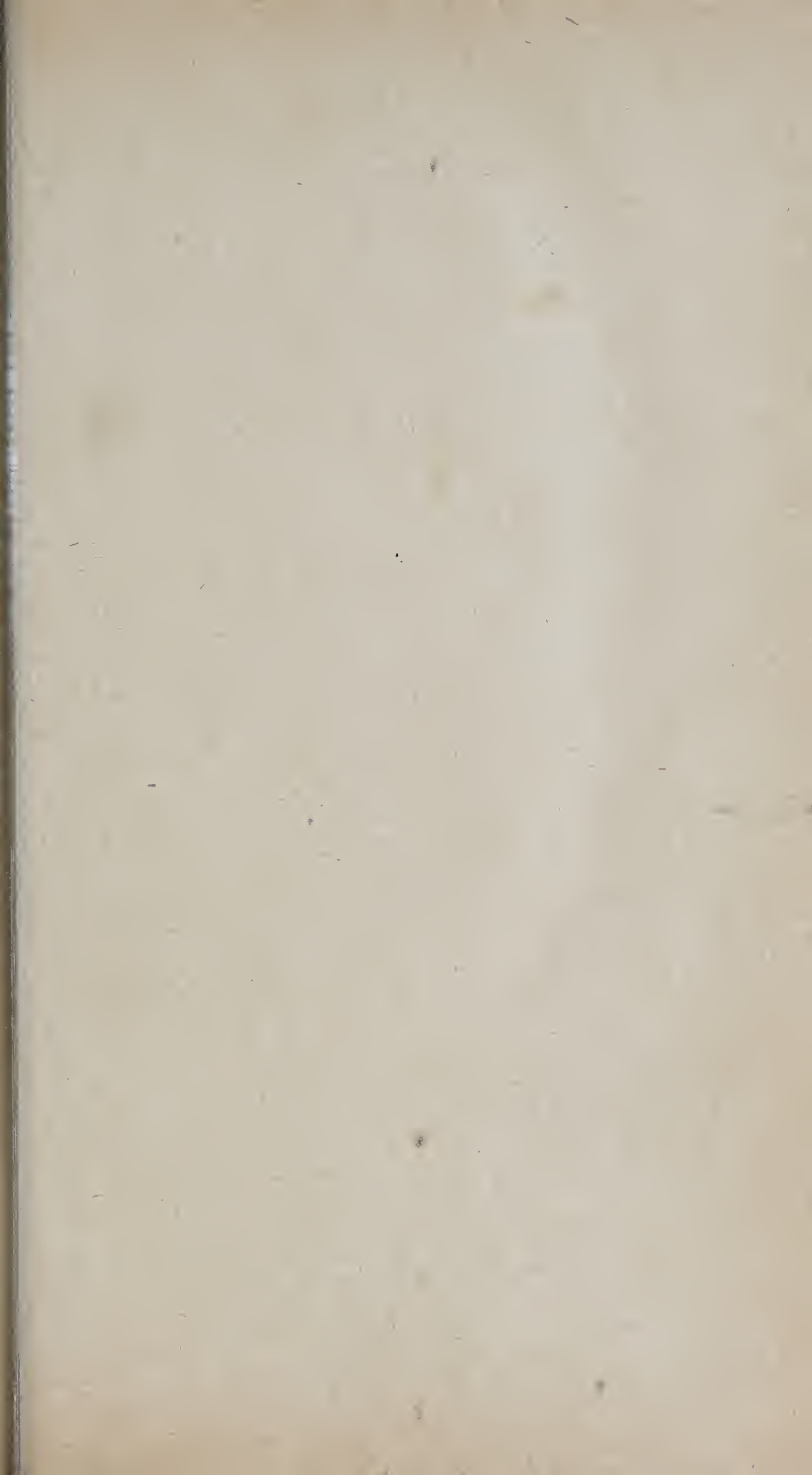
DICHOS, menos DON ELEUTERIO

- AGAP. ¡Gracias á Dios que nos quedamos en paz!
MAN. ¡Qué día de hule!
MARÍA ¡Qué susto nos hemos llevado, Juanito!
AMB. Y de la niña, ¿qué? Como dice Manolo.
JUAN Pues que me caso con ella.
AMB. A verlo.
MARÍA No debes desconfiar de Juanito.

- AMB. Me escama mucho su industria.
JUAN ¿Por qué, señora?
AMB. Porque puede usted quedar como un cochero.
JUAN Muchas gracias.
AGAP. ¿Y qué haremos con nuestro cesante?
JUAN Eso depende de sus conocimientos.
MAN. Yo me sé de memoria el libro de Montes, y todo lo que se ha escrito sobre Montes.
JUAN Entonces debes ser ingeniero.
AGAP. O poner un almacén de leña.
AMB. O un puesto de bellotas.
MAN. Las bellotas para usted, madre.
AMB. ¡Descarado!
MAN. La leña para usted. (A su padre.)
AGAP. ¡Reverte, no seas borrico!
MAN. Si no lo soy; por eso no necesito leña. Lo que necesito es un traje de luces.
JUAN Concedido, si demuestras que sabes brindar.
MAN. (Dirigiéndose al público.)
Porque este ilustre jurado en su veredicto, diga que no es culpable el autor de *El crimen de las Vistillas*.

TELON





PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.^a* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.